

CANTEN AL SEÑOR UN CÁNTICO NUEVO

† Madre Mectildis C. Santángelo, osb. Abadesa
14.03.03 - 26.08.90

Nos conocimos allá por el primer semestre del 60. No podría precisar fechas. Supe de la existencia de Santa Escolástica y me acercaba a escuchar Vísperas, cuando terminaba temprano mi trabajo. Dada mi profesión de médico, nadie se imaginaba que detrás de ella se escondía un nuevo interrogante vocacional. No conocía a ninguna monja de allí, fuera de las hermanas porteras a quienes recurría en ocasiones para que me abrieran las puertas del templo, ya que no solía concurrir gente a esas horas.

Así pasaron semanas y meses. Si fueron meses: muchos no fueron. Un día terminada la oración de la tarde, cuando me retiraba como de costumbre y sin mayores explicaciones, se me acercó una hermana para decirme que la abadesa quería conocerme y conversar un rato conmigo. ¡Ahora caigo en la cuenta, que en una comunidad de clausura mi presencia debía resultar un desafío para la intuición femenina!

Entre perplejo y curioso me llevaron a un locutorio que con el tiempo me resultaría familiar. Todo este contexto de detalles me quedaron grabados para siempre. Y no era para menos: el conocer aquella tarde a la Madre Mectildis C. Santángelo iba a condicionar en cierta medida, mi decisión de ingresar en el 61 al monasterio de Los Toldos.

Releyendo el catálogo de nuestra congregación compruebo con sorpresa, que el primer encuentro con la Madre Mectildis se produjo cuando ella tenía 57 años, es decir mi actual edad. Yo con treinta años menos (27) en esa época, era algo así como una vocación tardía...

Desde el comienzo nuestra comunicación fue cálida y fluida. Se trataba de una relación maternal y filial (era casi de la edad de mamá y se hicieron muy amigas), como la que se establece entre

una madre ya madura con su hijo adulto, que en los momentos importantes de su vida busca y necesita el consejo de la madre.

Pequeña de estatura y menuda de cuerpo (en aquellos tiempos salía de la clausura por el "torno"), de hablar sosegado y de tímida sonrisa no exenta de picardía, era fina en el trato y de tacto exquisito. Dejaba a su interlocutor una doble impresión de suavidad y de tenaz firmeza. Algún especialista en "horóscopos" se animaría a decir que por haber nacido en marzo era: "una criatura dulce y soñadora". Su prudencia y discreción casi exageradas, la convirtieron en confidente ideal de no pocos e importantes hombres de Iglesia. Me consta que se ha llevado con ella a la otra vida, alforjas cargadas de secretos y misterios.

Pienso que era en la música donde la Madre Mectildis expresaba plenamente su sensibilidad artística y todo su ser contemplativo. Cantaba, dirigía coros, interpretaba especialmente el órgano, y componía logradas melodías para el oficio divino. En este momento resuena en mis oídos la hermosa música de los himnos de maitines y de laudes: "Los primeros instantes de este día a escuchar la palabra consagremos..." y "Nuevo sol ilumina el horizonte: el lucero que brilla en la mañana..." que ella compuso, en los tiempos de la renovación litúrgica en nuestros monasterios, allá por la década del 70. Y ¿cómo olvidar el empuje juvenil y el señorío con que interpretó al piano una rapsodia húngara, cuando celebró su 80 aniversario?

Nuestra amistad se fue acrecentando al compartir momentos inolvidables y no sin dramatismo de la vida de la Iglesia y de nuestras comunidades después del Vaticano II. Ella, que era testigo válido y coherente de un monacato pre-conciliar algo romántico, abrió las puertas de su corazón a la novedad de la pascua post-conciliar, no sin sacrificio.

Con el correr de los años se fueron interponiendo entre nosotros tiempos y distancias, que espaciaron nuestros reencuentros sin debilitar nuestra amistad. La Madre Mectildis iba ingresando serenamente en esa gran *liturgia del silencio*, que es el anochecer de la vida. Encuentros esporádicos, esquelas cada vez más breves y lacónicas hablaban de sus dos grandes amores: su vocación monástica y la música. Ambas transfiguradas en una sola *liturgia de alabanza*. Estos dos puntos de apoyo la ayudaron desde su frágil

ancianidad a volar suavemente y a posarse más allá del horizonte, donde todo es orden y armonía.

Si me pusiera a hacer memoria podría tal vez contar mucho más acerca de ella y de la obra fecunda realizada durante su largo período de abadiato: 1948-1977. Pero, ¿qué quedaría para una crónica objetiva y exhaustiva de sus hermanas? Lo mío es solamente el relato parcial y subjetivo de un hijo a veces confidente, en quien dejó una huella profunda y delicada.

Con la muerte de la Madre Mectildis, me decía alguien en el EMLA 90, se cierra un capítulo de la historia de nuestros monasterios. Y es cierto. Por eso nos toca ahora prepararnos a nosotros. ¡La próxima pascua será la nuestra! Ojalá nuestros capítulos sean igualmente libros abiertos hacia el mañana, como el que supo escribir la Madre Mectildis con la homilía de su vida.

"Querido P. Pedro: si algún día se pone el tiempo un poco gris, recuerde lo que dice esta estampa, y el Sol brillará"

(su afectísima Mectildis C., osb, 1984)

19 de noviembre de 1990

En la memoria de Sta. Matilde de Helfta, virgen y mística.

*Monasterio Tupasy María
Santiago - Misiones
Paraguay.*

PEDRO ALURRALDE, OSB